



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

23 – Mangoberto, “quien siembra vientos, recoge tempestades”

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 23 – Mangoberto

“siembra vientos, y recogerás tempestades”



Tras la partida de Siwân, el rey se despidió de Yamâl El-Dîn y todos los demás; luego, se retiró a dormir. Al día siguiente, al ver que los francos enarbolaban *banderas* de armisticio, tomó asiento en su pabellón, y, cuando todos los emires y *fidais* se hubieron reunido, les dijo, volviéndose hacia el visir *Shâhîn:

– Esas gentes solo buscan entretenernos para ganar tiempo y volver a movilizar a sus tropas contra nosotros. Pero me da igual; pienso escribir a Mangoberto para exigirle que devuelva el dinero que me ha robado y me entregue la ciudad. Así evitaremos que se vierta más sangre de nuestros soldados. Ese maldito perro no puede esperar ninguna piedad de mí hasta que no haya arrasado su ciudad y cumplido mi juramento.

– Estamos a tus órdenes, Comendador de los creyentes –asintió el visir.

El visir redactó al instante un mensaje y se lo entregó al rey para que lo rubricara y pusiera su sello. Entonces, el rey miró a su alrededor, a la asamblea, para ver quién salía voluntario para entregar el mensaje, pero todos agacharon la cabeza. Ante tal espectáculo, El-Zâher sintió cómo sus ojos se le humedecían, y se le saltaron las lágrimas que corrieron por sus mejillas.

– *Efendem*, ojalá que nunca vuelvas a llorar más que ante Dios –se apresuró a decirle Shâhîn–. Todos nosotros hemos jurado dar la vida por ti; puedes disponer de ella cómo y cuando quieras, oh, Comendador de los creyentes.

– Ya ves, Shâhîn, es que acabo de acordarme de Ibrahim, el hijo de Hasan; cada vez que yo escribía una carta, bastaba con que me volviera a mi derecha diciendo: “¿dónde estás, León de Ezraa y del Horân?”, para que él me respondiera en el acto: “¡escribe tu carta, oh, rey, y no temas decir lo que sea al destinatario!” Y luego, se iba a llevar el mensaje, trayéndome inmediatamente la respuesta, junto con una sustanciosa gratificación por las molestias que se había tomado... Así que, mi querido visir, ¿acaso no tengo razones para llorar?

– Es cierto que Ibrahim merece esas lágrimas –aprobó Shâhîn–... pero, gracias a Dios, aún está vivo, y muy pronto, eso esperamos, volverá con nosotros aún más valiente y aguerrido que antes. Mientras tanto, aquí tenemos a su hermano Saad: confíale a él el mensaje. Como se suele decir: “Hasan es hermano de Husayn¹.”

– Si envío a Saad, le expongo a un terrible peligro –objetó el rey–: cuando los francos sepan que no tienen nada que perder, lucharán con el valor que da la desesperación.

– Tienes ante ti a la flor y nata de los ismailíes –prosiguió el visir–: escoge a uno de ellos y confíale la carta.

– No –cortó El-Zâher–. Por mi cabeza y por Aquel que me ha concedido el poder sobre Sus criaturas, seré yo quien la entregue; no lo hará ningún otro. No pienses que actúo así por una vanagloria banal: si el Creador de todas las cosas me ha dado el poder; ¡no traeré de vuelta solo la respuesta a la carta, sino a Mangoberto en persona! Me apoderaré de él en su propia tienda y ante los dignatarios y los grandes de su reino.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, se retiró para coger sus armas y colocarse la armadura; luego, todo enfundado de hierro, con el corazón más firme que una roca, llamó al *osta* *Otmân, que le trajo su hermoso semental capa de moro. El sultán montó en su cabalgadura y, acompañado del capitán Saad, se dirigió hacia el campamento enemigo. A la mitad del camino, echó pie a tierra, confió la montura a su compañero, y, más fiero que un león, se abrió camino entre los francos. Antes de partir del campamento, el sultán había ordenado al visir Shâhîn que pusiera a las tropas en estado de alerta, para que estuvieran prestas a cargar a la primera señal.

Llegó el sultán hasta el pabellón del *babb* Mangoberto, colocado pasado el puente, proclamando el anuncio protocolario de un mensajero:

– ¡Mensajero y emisario! ¡El emisario solo responde por dar una transmisión clara del mensaje!

Pero, Mangoberto, que estaba en su pabellón, rodeado por los grandes de su reino y flanqueado por Yauán y Bartacûsh; al oír los gritos que se elevaban de su campamento, quiso saber qué sucedía. En ese mismo instante, un montón de condes francos penetraron en tromba en su pabellón:

– ¡Nuestro *babb*! –clamaban– ¡Acaba de llegar un mensajero de los musulmanes! ¡Ten cuidado, porque tiene una pinta terrible! ¡Verdaderamente terrorífica!

– ¡Uy! ¡Qué raro! –cuchicheó Yauán a la oreja de su fámulo– Normalmente, ese trabajito lo hacía el hijo del Korani: me pregunto a quién habrá podido nombrar el rey en su lugar.

¹ Expresión proverbial que se usa para decir que dos personas son intercambiables (para bien o para mal). Hasan y Husayn eran los dos nietos de Mahoma.

– ¡Pues no creo que eso sea un problema para el sultán! –remachó Bartacûsh– Porque, aún admitiendo que el hijo del Korani esté *morto*, ¡anda y que no tiene el *rey* a su servicio miles de tipos como él!

– ¡Que el buen Dios te confunda, Sable de Bizancio! ¡Siempre andas elogiando las bondades de los musulmanes!

No había acabado de pronunciar esas palabras, cuando la cortina que cerraba la puerta de entrada al pabellón de Mangoberto se abrió, y apareció el sultán: con el casco y el turbante bajados hasta las cejas; a la cintura, el sable de Bâdîs¹, que tintineaba contra sus perneras de acero; forrado de hierro y con una cota de malla resplandeciente, daba la impresión de una torre que se hubiera puesto en marcha. Cuando llegó al centro de la estancia, lanzó con una voz terrible, que hizo temblar las montañas de alrededor y crugir las ramas de los árboles:

– ¡Benditos sean los que siguen el camino recto y temen por las consecuencias de sus actos, y caiga la maldición sobre los que mienten, prevarican, y asocian a Dios con otras divinidades! ¡Que tengas un buen día, *babb!*

– Bienvenido sea el *rey* de los musulmanes –se apresuró a responder Mangoberto–. Tu visita es una bendición para nosotros.

– Oye, Sable de Bizancio –le susurró Yauán al oído a su compadre– ¡Por mi religión, que es la primera vez que veo al *rey* traer en persona sus propias cartas! ¡Me da la impresión de que va a reclamar una gratificación aún más sustanciosa que la del hijo del Korani!

– ¡A ver, pues claro! –le replicó Bartacûsh– ¿Quién te crees tú que le ha enseñado al hijo del Korani a reclamar dinero por todo? ¡Pues el *rey!* ¡Quién va a ser si no!

Divertido ante esa reflexión, el maldito fraile estalló en carcajadas.

– Vaya, vaya, *rey* –le lanzó Yauán dirigiéndose a El-Zâher– ¿tan debilitado se ha quedado tu ejército con la pérdida del hijo del Korani, que no has encontrado a nadie entre los bandidos de su especie para ocupar su lugar?

– ¿Te estás riendo de mí, maldito canalla? –repuso el sultán con voz atronadora– ¡Pues escúchame bien, si la Providencia así lo quiere, no serán lágrimas lo que te haga llorar, sino sangre! Escúchame bien, fraile: Puede que Ibrahim esté muerto; pero yo, por la gracia de Dios, estoy vivo y bien vivo. Y si no me crees, ordena a tus tropas que carguen: veremos cual de los dos dice la verdad, y cuál sólo masculla baladronadas.

– No olvides que has venido en calidad de mensajero, oh *rey* –le replicó Yauán–, y que, según la costumbre de los reyes y el derecho de las gentes, un mensajero debe de

¹ Rey de Egipto de tiempos muy lejanos; Baïbars, durante su juventud en El Cairo, adquirió el palacio, que en otro tiempo perteneció a ese rey, y en donde encontró sus armas y su tesoro.

abstenerse de todo insulto, y comportarse cortesmente. Así que, ahora, entrega tu carta, y espera la respuesta.

– Yo no he venido a traer ninguna carta, ¡perro maldito! ¡Aquí estoy, si Dios me da fuerzas, para arrancar a Mangoberto de su trono y llevármelo cautivo!

Controlándose, Yauán se calló y bajó la cabeza.

– Eh, *rey*, ¿crees que vas a poder atraparme como a un gorrión y llevarme cautivo hasta tu campamento ante la nariz y la barba de un ejército de cien mil hombres? –se indignó Mangoberto.

– ¡Aunque fueran un millón! ¡No te librarás de que escupa sobre la tumba de tu padre!

– ¡Cómo te atreves a hablarme en ese tono! ¡Arrestadle ahora mismo!

Pero el sultán ya se había arrojado sobre él, con tal impulso que habría derrumbado montañas; le arrancó de su trono, y le levantó en alto tan solo con la fuerza de su puño izquierdo, al tiempo que desenvainaba el sable con la mano derecha.

– ¡Por el honor del Islam, si a cualquiera de vosotros se le ocurre levantar su arma contra mí, vuestro rey me servirá de escudo! –les advirtió a los de la guardia.

– ¡Atacad! ¡Os digo que atacéis! –chillaba Yauán.

– Basta, *figlioni* –se apresuró a intervenir Mangoberto– Que nadie se mueva: este asunto lo vamos a arreglar entre nosotros dos: de rey a rey.

El-Zâher salió del pabellón, sable en mano, llevando sobre su puño alzado a su cautivo, mientras los francos huían ante él. Cuando llegó al otro lado del puente, entregó a Mangoberto a Saad, ordenándole que lo atara bien atado y lo condujera al campamento, en donde ordenó que lo encadenaran. Después de dar estas instrucciones, el sultán montó a caballo, esbozando una gran sonrisa y esperando tranquilamente al ejército de los francos, que, azuzado por Yauán, se había puesto en movimiento y avanzaba, como una ola gigantesca e irresistible.

Ya comenzaban a lanzarse sobre el sultán las primeras filas enemigas, y ya los primeros patricios habían salido rodando por tierra, bajo los tremendos golpes que El-Zâher propinaba a derecha e izquierda. A la vista de esto, el agha Shâhîn, el gran visir, lanzó sus tropas al asalto:

– ¡Al ataque! ¡Vosotros, los que creéis en el Señor todopoderoso! ¡No temáis a la muerte! ¡Las puertas del paraíso están abiertas para los que combaten por la Fe!

Ante esta arenga, el ejército entero se puso en marcha como un solo hombre, junto con los temibles *fidais* ismailíes; más rápidos que los camellos de carreras, gruñendo y rugiendo como una mar enfurecida.

El primero en llegar hasta el sultán fue el gran visir Shâhîn El-Afram; le seguía, pisándole los talones, Sulaymân el Búfalo, el portaestandarte de los *fidais*, y *Nisr, hijo de Ajbûr, preboste de las ciudadelas. Ese fue el momento en el que los héroes se

enfrentaron a los héroes, y la sangre corrió a raudales entre los caballeros mutilados. El capitán Saad esparcía la muerte a su paso, gritando:

– ¡Venganza para mi hermano Ibrahim! ¡Muerte a los infieles! ¡*Allahu akbar!*

El combate se extendió, como una hoguera infernal; en el calor de la batalla, los dos ejércitos chocaron entre sí, con el corazón inmerso en oscuros terrores. Los soldados musulmanes se batían rabiosos, implorando a gritos la ayuda del Creador todopoderoso. Pero ninguno pudo igualar ese día las proezas de los valientes ismailíes, que no serán olvidadas mientras los días sucedan a las noches. De pronto, los francos, a los que les llovían los golpes por todas partes, comenzaron a batirse en retirada, con la intención de protegerse en la poterna del puente, pero se dieron cuenta de que Sulaymân “El Búfalo”, *Asad el-Dîn “El ceñudo” y la flor y nata de los capitanes ismailíes, les habían cortado la retirada y se habían apoderado de la poterna. Los francos intentaron en vano forzar el paso, y allí se produjo una nueva masacre; fue tan terrible, que aquello parecía el día del Juicio Final.

En cuanto Yauán vio que la poterna había caído en manos del enemigo, le lanzó a su fámulo:

– Sable de Bizancio, por mi religión, esta historia va a acabar muy mal. Vete rápido y ensilla mi burra, la Olivilla, y larguémonos a buscar otro rey al que montarle una buena jugada.

– ¡No puedo, *abbone*, la cincha está rota! –replicó Bartacûsh con sorna.

– ¡Ah, *marfûs!* ¡Ah, *karamandûs!* –le vociferó el monje maldito– Menudo momento para gastar estúpidas bromas. ¡No tienes más que coger un poco de cuerda, un cinturón, cualquier cosa! ¡Mangoberto ha caído en la trampa! ¡Tenemos que largarnos de aquí a toda prisa!

Bartacûsh ensilló rápidamente al animal y se marcharon a pescar en las aguas turbulentas de los francos: no os preocupéis, que ya nos los encontraremos más adelante.



Próximo relato de “El Juicio al monje maldito”

X.24 – El amor aparece de nuevo